

**LA TEOLOGIA
DE LA LIBERACION**

1.^a edición 1978
3.^a edición 1996

FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
STICHTING UITGAVE REFORMATORISCHE BOEKEN

Apartado 1053

Rijswijk (Z.H.) Países Bajos

ISBN: 84-8504-00-3
Depósito legal: B. 45.944 - 1996

Impreso en Romanyà/Valls, S.A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

LA TEOLOGIA DE LA LIBERACION

C. Van Dam

Traductor: Ricardo Cerni

FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
(F E L I R E)

INDICE

Un nuevo escenario	9
El Consejo Mundial de Iglesias	10
América Latina	13
Evaluación	18
Libertad	19
La autoridad	22
Lectura adicional	26

Sucede algo en nuestros días que, aunque sea de forma vaga e imprecisa, todos nosotros palpamos y sentimos. En el campo de la política, por ejemplo, el espíritu de la época se manifiesta de forma que es a la "izquierda" y no a la "derecha" a quien se le concede el beneficio de la duda. (Piénsese, por ejemplo, en el hecho de que hubieron pocas protestas por la intervención de Rusia y Cuba en Angola). Cada día se oye decir con más atrevimiento que el comunismo (y no simplemente el socialismo) es el sistema que ofrece casi todas, si no todas, las soluciones a los complejos problemas que confrontan al mundo moderno.

UN NUEVO ESCENARIO

Naturalmente, las ideas del comunismo no son nuevas. La obra de Marx y Lenin, así como la revolución de 1.917 lo atestiguan. Lo que es nuevo hoy, sin embargo, y lo que hace que debemos tomar buena nota del fenómeno de la teología de la liberación, es el hecho de que las ideas marxistas se hayan infiltrado en un determinado sector de la teología cristiana. Es decir, que la teología de la liberación representa el maridaje de un pensamiento supuestamente cristiano con la ideología marxista. Quizás sea ésta una presentación muy simplificada de la cuestión, pero en esta fórmula se hace resaltar un aspecto clave de gran parte del pensamiento y la acción moderna de la iglesia actual, tanto en el sector católico-romano como en el protestante, según se observa, en el primer caso, en la situación latinoamericana, y en el segundo en la evolución del Consejo Mundial de Iglesias.

Puesto que la "iglesia" se halla involucrada, ese clamor por la liberación, según se deja sentir y se potencia en nuestros

días -especialmente en lo político, aunque no sólo en eso- no es un clamor hueco, sino que que la expresión de un poder e influencias crecientes, llenos de implicaciones revolucionarias. Y decimos revolucionarias porque pretende derribar el verdadero evangelio de Jesucristo. Revolucionarias porque pueden significar el derrocamiento de las autoridades y gobiernos establecidos.

Intentaremos dar aquí un rápido vistazo a algunas facetas del Consejo Mundial de Iglesias, y consideraremos también la teología de la liberación en su expansión latinoamericana. Nos ocuparemos, por último, de dar una respuesta auténticamente cristiana.

EL CONSEJO MUNDIAL DE IGLESIAS

Uppsala

El Consejo Mundial de Iglesias ha influido en la teología de la liberación y ha sido a la vez parte esencial de su desarrollo. La evolución del Consejo Mundial de Iglesias ha sido tal que la Asamblea de Uppsala (1.968) se enfrentó con la siguiente cuestión: "¿Debe entenderse la salvación en el sentido tradicional -como las iglesias siempre lo han creído-, o debe entenderse como salvación en un sentido económico, político y social?" El Consejo se inclinó por este último sentido. Como las decisiones de la Asamblea revelan, el evangelio de Jesucristo se ha convertido en el evangelio secular de hacer un mundo mejor. Desde la Asamblea de Uppsala, como un escritor dice, "uno busca en vano en las publicaciones del Consejo Mundial de Iglesias, alguna nota de preocupación por que los hombres conozcan a Jesucristo, sean bautizados según El estableció, y sean unidos al Señor en la iglesia de Cristo".

Bangkok

La famosa reunión de Bangkok (1972-73) dio el paso que, en buena lógica, era de esperar. La Comisión de Misiones y Evangelización ignoró o negó totalmente la auténtica obra misionera. En lugar de esforzarse en presentar al prójimo las buenas nuevas de Jesucristo, como el propio Salvador ordenó, a fin de que los hombres se arrepientan de sus pecados, crean en El y sean salvos, la preocupación de los asambleístas se orientó hacia la forma de establecer “un diálogo con los miembros de religiones vivas” y hacia la manera de lograr la salvación “mediante la confrontación política”. Se expresó además el deseo de que el mundo occidental dejara de enviar misioneros. Es más, si la salvación ha de interpretarse de un modo horizontal y terrenal, es natural esperar que la Comisión de Misiones y Evangelización llegue a aprobar todo tipo de declaraciones, aunque difícilmente puedan reconocerse como procedentes de un organismo de misiones y evangelización. La Comisión aprobó, por ejemplo, la siguiente declaración”

“La salvación consiste en la paz del pueblo del Viet Nam, la independencia de Angola, la justicia y la reconciliación en Irlanda del Norte y en la liberación del poderío de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)...”

Se ve claramente que faltaba toda condena de la opresión y explotación comunistas. Más aún, se presentó varias veces al maoísmo como una alternativa aceptable junto al cristianismo. Cuando se hablaba de China, el acento no recaía en la forma en que se podría volver a introducir allí el evangelio, sino en el significado que la revolución cultural podía tener para nuestra comprensión

actual de la salvación. Al día siguiente de estas deliberaciones se pudo ver en el tablón de anuncios una hoja que decía: "Salvación = Dios libre a China de la conversión".

La asamblea de Bangkok reveló claramente la dimensión de la influencia izquierdista en el seno del Consejo Mundial de Iglesias. Esto nos ayudará a comprender por qué el Consejo entiende que la tarea de la iglesia consiste en protestar siempre contra la intervención u operación militar cuando Occidente se "beneficia" de ello, pero no decir ni una palabra si es posible cuando los comunistas resultan favorecidos. (Comparese el clamor por causa del Viet Nam y el silencio en torno a Angola). La referida influencia izquierdista en el Consejo también nos da la explicación de la ayuda del Consejo Mundial de Iglesias a los movimientos terroristas en, por ejemplo, Africa del Sur, y el envío de ayuda a Viet Nam del Norte.

Nairobi

Las mismas tendencias prevalecieron en la Conferencia de Nairobi (1975). Chile (un movimiento derechista) fue castigado al hablarse de los derechos humanos, pero nada se dijo sobre Rusia. En una débil declaración de compromiso se habló sólo de la "pretendida" negación de la libertad religiosa en la URSS. En cuanto a Angola, nada se dijo de la intervención de Rusia, pero sí se mencionó la de Africa del Sur. A la vista de tales pronunciamientos no es de extrañar que cada vez se traluzca con más claridad la fuerte corriente antioccidental y anticapitalista del Consejo Mundial de Iglesias. En la referida Conferencia de Nairobi, un profesor norteamericano confesó estar avergonzado de su propio país, en tanto que el presidente de la delegación de Jamaica acusaba al capitalismo de

ser responsable de casi todos los males imaginables. El marxismo, sin embargo, fue alabado. Lo que actualmente está de moda, lo "in", consiste en socavar y negar lo occidental, pues el mundo accidental se presenta como el opresor y los países marxistas como los liberadores. El Tercer Mundo (naciones en vías de desarrollo que ni son occidentales ni están integradas en el bloque comunista) debe ser, por consiguiente, atraído hacia el marxismo, y el mundo occidental se ha de considerar como un campo misionero del marxismo. Todo esto forma parte de la tarea del Consejo Mundial de Iglesias en su propósito de exhibir la auténtica "salvación", la que verdaderamente libera y rompe las cadenas de los hombres. En consecuencia no debe sorprender a nadie que en uno de los documentos de Nairobi, se considere a China como el único país verdaderamente cristiano del mundo moderno.

No hace falta decir que este estado de cosas tiene muchas implicaciones para la iglesia fiel del Señor ¡ incluyendo a la del mundo occidental !

Al tiempo que el Consejo Mundial de Iglesias propagaba activamente la idea de una salvación completamente horizontal, en América Latina se desarrollaba y formulaba una teología de la liberación.

AMERICA LATINA

Latinoamérica constituye un marco ideal para el desarrollo de la teología de la liberación. No hay allí religiones que maten la situación. Latinoamérica es, de nombre al menos cristiana -católicorromana. Por otra parte, se da en ese continente una amplia y evidente separación entre la pequeña

y privilegiada minoría que gobierna, y las destituidas masas que se debaten en la pobreza, el analfabetismo y carecen de tierras y propiedades. Sus perspectivas parecen ser desesperadas puesto que apenas existen oportunidades para ascender de categoría social. Esos factores, más la presencia real del hambre y las privaciones, determinan que el pueblo esté muy abierto a cualquier idea que presente una esperanza de un mañana mejor.

La Hora de la Acción

Gustavo Gutiérrez, sacerdote peruano, escribió en 1971 un libro titulado *Una teología de la Liberación* (traducción inglesa en 1973) que probablemente es la obra que más influencia ha ejercido en Latinoamérica sobre este tema.

Aun cuando hace un profuso uso de los documentos del Concilio Vaticano II, el mencionado sacerdote analiza toda la situación con una óptica marxista. Como afirma claramente en el citado libro, él se muestra de acuerdo con la afirmación de Sartre que dice: "El marxismo, en cuanto marco formal de todo el pensamiento contemporáneo, no puede ser superado.". Se denuncia, por tanto, al capitalismo, y se contempla esta lucha como una lucha de clases en la que la revolución es inevitable. La iglesia ya ha pensado bastante. ¡Es la hora de la acción! Esa acción debe orientarse a conseguir la libertad, pues el concepto clave del cristianismo es la libertad. Y esa libertad significa especialmente verse libres de la opresión económica social y política.

Según deja claro el libro de Gutiérrez, la misión de la iglesia consistente en propagar el evangelio de Jesucristo no es necesaria, porque la salvación es universal. Todo el mundo es salvo y toda criatura es templo de Dios. La iglesia no

debe, en consecuencia, apoyar la expansión del evangelio en ese sentido, sino que debe dar ejemplo liberando a los hombres de los males de esta época. La iglesia debe hacer ver a los hombres que están oprimidos, a fin de que ellos busquen y obtengan su liberación. Para llevar a cabo esta tarea la iglesia debe comprometerse de un modo concreto. "La iglesia debe politizar al evangelizador", escribe Gutiérrez. Puesto que el evangelio es el mensaje de amor total, tiene una ineludible dimensión política. El Señor Jesucristo debe, por tanto, contemplarse como una figura política a quien Pilatos mató por tratarse de un cabecilla de los zelotes, puesto que en realidad Jesús también pretendía la liberación de los judíos. El éxodo de Egipto fue un acontecimiento político, y el grito de ¡Deja marchar a mi pueblo! es el grito de liberación de todos los tiempos. Gutiérrez y los demás escritores de este movimiento se expresan en esos términos.

Viejos términos - Nuevos significados

Dando a la salvación un fuerte sabor político, la teología de la liberación ha rellenado con eficacia algunos términos bíblicos con nuevos significados, de forma que conceptos tales como "pecado" adquieren un significado sólo en consonancia con las ideas de este mundo. "Pecado" es -para ellos- todo lo que frena o cortapisa el proceso de liberación o contribuye a oprimir a cualquiera (especialmente la cultura capitalista occidental, los gobiernos, etc). "Salvación" significaría ahora la construcción de una nueva sociedad, mediante la revolución si es preciso, ya que debemos tomar las cosas en nuestras manos. Para que la liberación sea auténtica y completa debe ser realizada por el propio pueblo oprimido. Los pobres son el pueblo elegido de Dios. Es a ellos a quienes Dios busca. La lucha de clases es,

por consiguiente, un hecho innegable. Es el punto de arranque para la liberación.

Sin embargo, y como ya se ha señalado, la iglesia debe denunciar la opresión con el fin de que los oprimidos encuentren su liberación. Los pobres (esta modalidad del evangelio es especialmente para ellos) deben saber y deben tomar conciencia de que están en conflicto con otras clases. Debe, por tanto, producirse una "conversión". "Convertirse es entregarse al proceso de la liberación de los pobres y los oprimidos, y entregarse de un modo lúcido, realista y concreto", escribe Gutierrez. La conciencia de la clase debe estimularse. Los pobres deben darse cuenta de su situación. Por esta causa se está desarrollando un intenso trabajo para despertar la conciencia de los grupos minoritarios y de los negros de Estados Unidos. Dentro de este esquema cae también la intromisión que diversos sacerdotes y pastores están llevando a cabo en los asuntos de los indios de Estados Unidos y Canadá. Debe producirse una liberación. La opresión debe denunciarse y, según el marxismo, no puede haber coexistencia pacífica entre el opresor y el oprimido.

Subversión y violencia

La subversión, en consecuencia, es buena -afirman estos ideólogos. No importa si se llega a desafiar al gobierno al estimular la conciencia de los distintos grupos con el propósito de conducirlos a su conversión a las ideas de la liberación. Después de todo, ¿no fue Moisés un rebelde al incitar a Israel a salir de Egipto?

Dado que la erosión de la sociedad y del gobierno está justificada, la violencia es necesaria, porque el hombre debe librarse de los males de este mundo. Poco

importa si ese gobierno es o no constitucionalmente legal.

No es difícil imaginar cuál es la influencia potencial de ese mensaje de liberación tal y como lo están proclamando un creciente número de sacerdotes a la masa latinoamericana. He ahí un evangelio práctico al cual deben convertirse los pobres y destituidos, y por el cual deben estar dispuestos a empuñar las armas.

Secularización

Está claro que este "evangelio" es completamente humano y horizontal (de este mundo, sin dimensión vertical hacia el Dios de cielo y tierra) en su salvación (liberación) del pecado (capitalismo, pobreza, desigualdad) y así deja a Dios fuera de la cuestión. Es más, la secularización se introduce bajo el disfraz de la teología. El resultado ha de ser un mundo sin Dios. La teología de la liberación se percata de esto, pero en un mundo sin Dios el hombre será verdaderamente libre y todo estará bajo su dominio. Como puede verse, estamos frente a una doctrina diabólica. "Por sus frutos los conoceréis".

Esta teología de la liberación ejerce una influencia universal. Por todas partes se percibe un creciente sentimiento de insatisfacción y un deseo de algo mejor (aun cuando uno no esté seguro de lo que ese "mejor" pueda ser). Se considera, no obstante, que es bueno ser consciente de la opresión, pues entonces uno se convierte a ver la necesidad de su liberación. Con la creciente influencia de esta teología, oímos también a mucha gente -cada vez más- hablar de la religión sin hacer referencia a Dios. Todo se entiende en términos de las necesidades inmediatas del hombre, aquí y ahora.

Cuando tenemos en cuenta que la teología de la liberación es, en cierto sentido, la unión del marxismo con el cristianismo, no es entonces muy de extrañar que la destrucción de cualquier idea del Dios verdadero no sólo sea aceptada como consecuencia de esta teología, sino que además en esos mismos círculos teológicos se desee activamente tal consecuencia. Se niega toda posibilidad de mantener una relación personal y federativa (la derivada del pacto de gracia) con el Dios vivo, pues en esta teología el hombre se convierte en un Dios para sí mismo. Por esta misma razón, lo único que importa son las relaciones horizontales aquí en la tierra.

EVALUACION

¿Cuál debe ser nuestra reacción ante esta teología de la liberación que acabamos de examinar? Se podría simplemente rechazar y olvidarse de este asunto; pero no hay duda de que debemos intentar entenderla con el fin de pertrecharnos contra el maligno, pues vivimos en los últimos tiempos. Traspasaríamos, con mucho, los límites de una simple introducción al tema, como es el presente opúsculo, si intentáramos analizar la cuestión de modo exhaustivo. Debemos recordar, por otro lado, que la situación en latinoamérica y en casi todo el Tercer Mundo, donde el Consejo Mundial de Iglesias opera, es en la mayoría de los casos muy difícil. La pobreza, el hambre, la injusticia y las complejas estructuras sociales constituyen una realidad aplastante. No existen soluciones fáciles, y menos aún si provienen de un espectador distante y poco introducido. Y sin embargo debemos examinar y evaluar algunas de las ideas de la teología de la liberación, pues esa teología no ha

quedado confinada en remotos lugares de nuestro planeta. Forma parte del espíritu de nuestra época y es, por consiguiente, parte de nuestro entorno, de un modo u otro. Veamos uno o dos de sus principales temas.

LIBERTAD

Sin el clamor por la libertad no existiría teología de la liberación. Su tema central es la libertad. Pero la libertad no es el tema central de la Biblia. Una frase bíblica que con frecuencia se cita es: "Deja ir a mi pueblo". Pero se olvida que la segunda parte del texto dice: "...para que me sirvan", (Ex. 8,1). Dios liberó a Israel para que éste le sirviera. El pueblo tenía que salir de Egipto por *esa* razón.

Nuestro Exodo

Egipto era un obstáculo para que Israel sirviera a Dios -aunque no era sino *un* obstáculo secundario, pues el verdadero obstáculo siempre es el pecado. Lo que Israel necesitaba en definitiva era verse libre del pecado, a fin de que el éxodo y liberación de la opresión egipcia fuera realmente fructífera para servir al Señor. Por esta razón, en el acontecimiento del éxodo son numerosos los matices redentores, cumpliéndose definitivamente en nuestro Señor Jesucristo, nuestro cordero pascual que hizo posible nuestra libertad de la esclavitud del pecado para que le sirviéramos a El. Y de la misma forma que Israel fue preparado y puesto a prueba por el Señor en el desierto, también nosotros -como iglesia que peregrina por el desierto ayudada por Dios- nos sometemos a su autoridad, deseamos hacer su voluntad y hallar así la verdadera libertad en Cristo, como anticipo de la entrada en la tierra prometida.

En El encontramos la libertad para dedicarnos a la santidad, y quedamos libres del dominio de nuestro pecado entablando con él una incesante lucha. Esa es la perspectiva del éxodo en todo el Antiguo y Nuevo Testamento, como también indica nuestra fórmula de Bautismo. Tal perspectiva es mucho más rica que la que nos da la teología de la liberación al utilizar el éxodo y otros acontecimientos bíblicos a su antojo, sin tener en cuenta el contexto y mensaje de la Escritura. Es más, las ideas de la teología de la liberación no proceden de la Biblia, sino de un análisis de los problemas contemporáneos a través de una lente marxista. Se emplea la Palabra de Dios para justificar conclusiones que se alcanzan prescindiendo de la misma Palabra. (A excepción de una breve referencia a la Escritura en la primera parte del libro, *la Teología de la Liberación* de Gutierrez no contiene referencias bíblicas o estudio de pasajes bíblicos hasta la segunda parte del libro, en cuyo momento el autor ya ha presentado sus conclusiones básicas y ha puesto los fundamentos de todo lo que sigue!).

Secularización del pecado y la opresión

Resulta inútil buscar en la teología de la liberación cualquier indicio de los conceptos bíblicos del pecado. Puesto que se asume que todos los hombres son salvos, es la vida presente de los salvados la que debe ser transformada, pues la salvación está ya aquí y ahora y después de todo, es esa la única clase de salvación que un ateo puede comprender. No se puede esperar que un ateo se interese por la salvación en otro mundo. Como ya hemos observado antes, la teología de la liberación desemboca en la secularización, y al propio tiempo aboga por una salvación universal. El resultado final será una salvación en términos de lo que el hombre considera que es el pecado y la esclavitud, según

una interpretación que es por completo de este mundo.

Sin referencia alguna a la idea bíblica de ser liberado del pecado tal y como la Escritura la describe, la libertad que se proclama es una libertad de la opresión, según el hombre la entiende, y que muchas veces es más imaginaria que real. A pesar de ello, los defensores de esa ideología se esfuerzan en convertir a los pueblos para que vean la opresión a que están sometidos. Así, por ejemplo, se ha celebrado un Año Internacional de la Mujer, entre otras cosas para que las mujeres vean su opresión y se animen a liberarse del sexismo, la mojigatería y el chauvinismo masculino. Se estimula a las madres para que se liberen de la opresiva tarea de cuidar a sus hijos, dejándolos en guarderías mientras ellas disfrutan su recién descubierta libertad en actividades que "valen la pena". Por su parte, también los hijos deben ser liberados, y con medios sutiles y no tan sutiles, se les incita a que "hagan lo que quieran", aun a pesar de la oposición de sus padres. Además hay que liberarse -siguen diciéndonos- de las estructuras económicas y sociales que sean restrictivas. Sí, debemos incluso liberarnos de las estructuras políticas, pues ¿no es todo lo occidental parte de la opresión capitalista? Y de este modo el clamor por la libertad se expresa de las formas más radicales. Pero la Biblia dice que la raíz del problema no se encuentra en las relaciones humanas o en las estructuras en cuanto tales. La falta está en el pecado del hombre y en su rebelión contra el Señor Dios. A menos que uno conozca su propia miseria y opresión en términos de lo que es el pecado, frente a las santas y justas exigencias del Dios que gobierna en las alturas, no podrá existir verdadera libertad y consolación (véase Catecismo de Heidelberg, Domingo 1).

Hay algo más, implicado en ese clamor por la libertad.

Toda libertad e independencia que de un modo u otro estén enraizadas en el propio hombre, han de conducir inevitablemente a la tiranía y a la supresión de esa misma libertad. Y esto nos conduce a nuestro siguiente punto: la autoridad.

LA AUTORIDAD

Una bendición

En este mundo de pecado la autoridad es una bendición de Dios, y la libertad sin autoridad es una maldición. Debemos obedecer a las autoridades que nos gobiernan (Romanos 13). Esto significa que la defensa de la subversión o la obstaculización de las funciones de los que gobiernan, como la teología de la liberación preconiza, es contrario a la voluntad de Dios. La Biblia también deja claro que es utópico esperar que todo el mal y la opresión, en sus diversas formas, serán eliminados de este mundo de pecado. No lo será. Debemos aprender a vivir en esta situación, e incluso prepararnos para cosas peores.

¿Siervos de Dios o del pueblo?

Mientras que, por descontado, debemos obedecer a las autoridades, esto no significa que no podamos protestar o hacer una crítica de fallos básicos. Según la Biblia los gobernantes son responsables ante Dios y deben ser servidores de Dios, pues es El quien en realidad dirige el mundo utilizando a los gobiernos como instrumentos para ejecutar su justicia (véase Romanos 13; *Confesión de los Países Bajos*, art. 36). Es importante notar, no obstante, que aun cuando hubo una época en que el gobernante era consciente de que gobernaba en nombre de Dios, de quien había recibido su autoridad (téngase en cuenta la frase "Rey por la gracia de Dios" grabada en las monedas), hoy ya no es así. En nuestros tiempos la autoridad se entiende como

procedente no de Dios, sino del pueblo. Cuando un gobernante es verdaderamente consciente de que gobierna en nombre de Dios, procurará entonces administrar justicia ante la mirada de aquel que ve todas las cosas y ante el cual tendrá que dar cuentas el día del Juicio. No es ésta, sin embargo, la idea que subyace en la mente de los gobernantes de nuestro tiempo, y por tanto nuestras libertades y derechos pueden verse amenazados, ya que la forma democrática de gobierno se apoya en la teoría de que el pueblo manda a través de los gobernantes. Esta forma de gobierno deberá, en consecuencia, tomar decisiones que no tienen por qué ser necesariamente rectas ante la mirada de Dios, pues lo esencial es que la mayoría de la población las considere correctas.

Sí, el pueblo manda y es soberano. Este fundamento revolucionario de la forma democrática de gobierno significa que el pueblo sólo acepta la autoridad del gobierno -su honor y dignidad- como un mal menor, ipues el "jefe" supremo es el propio pueblo! Groen van Prinsterer -muerto hace ya cien años- señaló proféticamente que la soberanía del pueblo significa que los organismos gobernantes, con el fin de asegurar su propia conservación, tenderán, de un modo u otro, a una centralización del poder en nombre del bien común. De no ser así, la función de gobernar se convertirá en una tarea imposible. Si nos damos cuenta de esta estructura básica, podemos ver que en realidad no existe una diferencia fundamental entre la democracia y el marxismo. Tampoco resulta sorprendente que la teología de la liberación elija el marxismo para el pueblo -y eso dentro de la democracia- pues la posibilidad de que los comunistas sean elegidos para gobernar es algo muy real, como lo demuestra la situación en Europa

Occidental, ya que se debe buscar el bien común, aun cuando esto signifique una pérdida temporal de algunas libertades.

Los que viven en Norteamérica no deben, por tanto, considerarse jamás libres de esas situaciones y peligros, dado que los ingredientes básicos están presentes en el país y no están dormidos. La diferencia entre el bloque comunista y el bloque occidental es, en última instancia, una diferencia tan solo de grado. Nunca debemos hacer una distinción absoluta entre los dos, como si occidente pudiera equipararse de algún modo al sistema cristiano de gobierno o cosa semejante. Tanto la democracia como el comunismo tienen como base fundamental el servicio al hombre y no al Señor; y para el hombre no existe una norma constante de justicia y libertad. La verdadera justicia y libertad sólo son posibles cuando un gobierno se considera siervo de Dios.

Tiranía y libertad

Así pues, al buscar la renovación del mundo de una manera secular, sea a través del marxismo o de cualquier otra forma, la teología de la liberación está destinada al fracaso. El evangelio bíblico debe predicarse con el fin de que las obligaciones del hombre para con Dios se normalicen y entonces -sólo entonces- se pueda servir verdaderamente al prójimo. Sólo entonces se podrá concebir, siquiera sea remotamente, que se forme un gobierno que quiera servir a Dios, y al seguir sus mandamientos imparta justicia y libertad a sus ciudadanos. Pero en la secularizada teología de la liberación, a pesar de sus gritos de libertad, no existe posibilidad de ser libres. La teología de la liberación, con sus premisas humanistas y marxistas, tendrá que buscar una forma de gobierno fuerte, posiblemente algo semejante a la dictadura. La renovación del mundo y

el advenimiento de una completa salvación para todos los hombres, liberándolos de toda clase de opresión, exigirá un gobierno duro (sí, ¡e incluso una opresión!) a fin de que en el mínimo plazo posible se haga el máximo por el bien común. Luego, cuando la "utopía" esté bien afianzada, se podrá devolver al pueblo la plena libertad, pues éste es soberano, libre e igual, y podrá entonces gobernarse con madurez y compartir todas las cosas. Habrá llegado la hora del verdadero comunismo, puesto que en realidad el comunismo de hoy no es sino una etapa, la etapa del socialismo. ¡Así el cielo estará en la tierra! ¿Cuándo llegará ese día? Eso no se sabe, pero hay que alimentar la esperanza de su aparición. La teología de la liberación (y el marxismo) es una religión, y toda religión debe tener una esperanza. En efecto, una religión que separa a los hombres de Dios, y que en su final desarrollo no tendrá a Dios.

Esa esperanza no tiene fundamento. Las cosas no sucederán así, pues no será el hombre, sino Dios, quien traerá el cielo a la tierra. Aunque el hombre lo niegue, es El Señor, quien gobierna y quien incluso utiliza a los revolucionarios de este mundo para colocar en su advenimiento e instauración del paraíso en la tierra.

Los acontecimientos de este mundo moderno se presentan muy inestables para aquellos que aman al Señor y desean servirle sólo a El. Pero no debemos ni podemos permanecer como asustados espectadores, porque estamos en este mundo y Dios nos ha encomendado una tarea y un ministerio. El nos ha librado del dominio del pecado y del maligno. Debemos prepararnos, nosotros y nuestros hijos, para las pruebas presentes y futuras;

debemos poner a prueba los espíritus de los tiempos, estudiar los problemas y hablar con decisión como testimonio profético mientras tengamos oportunidad de hacerlo. Y a la vez que trabajamos debemos ver y seguir viendo la mano paternal de nuestro Señor Rey. ¡Es El quien gobierna y quien nos ha hecho libres!

LECTURA ADICIONAL:

J. Francke, De Jongste Theologie; Groen van Prinsterer, Vrijheid, Gelijkheid, Broederschap (popularización de Ongeloof en Revolutie en curso de traducción al inglés); Francis N. Lee Communist Eschatology; Rene de Visme Williamson, "The Theology of liberation" en Christianity today, Agosto 8, 1975.